

Viernes 5 de Junio de 1891

Núm. 18



FANDANGO

BAILE SEMANAL
DEDICADO AL BELLO SEXO MASCULINO } **10**
centimos



Exalta mi fantasía | que yo me la comería...
tanto, esta odalisca hermosa | por no decir otra cosa.

Ayuntamiento de Madrid

REVISTA DE LA



10
Dedicado al bello sexo masculino



...
...
...
...
...

Ayuntamiento de Madrid

EL FANDANGO

Si hablas mal del hom-
bre piensa en tu abuelo

AGRIPINA

El hombre es el eterno
niño; respeta su ino-
cencia.

MESÁLINA

BAILE SEMANAL

DEDICADO

AL HERMOSO SEXO MASCULINO

DIRECTORA

D.^a PEPITA SENSIBLE

Solo hay una cosa me-
jor que un hombre: dos
hombres.

MADAME PETIT

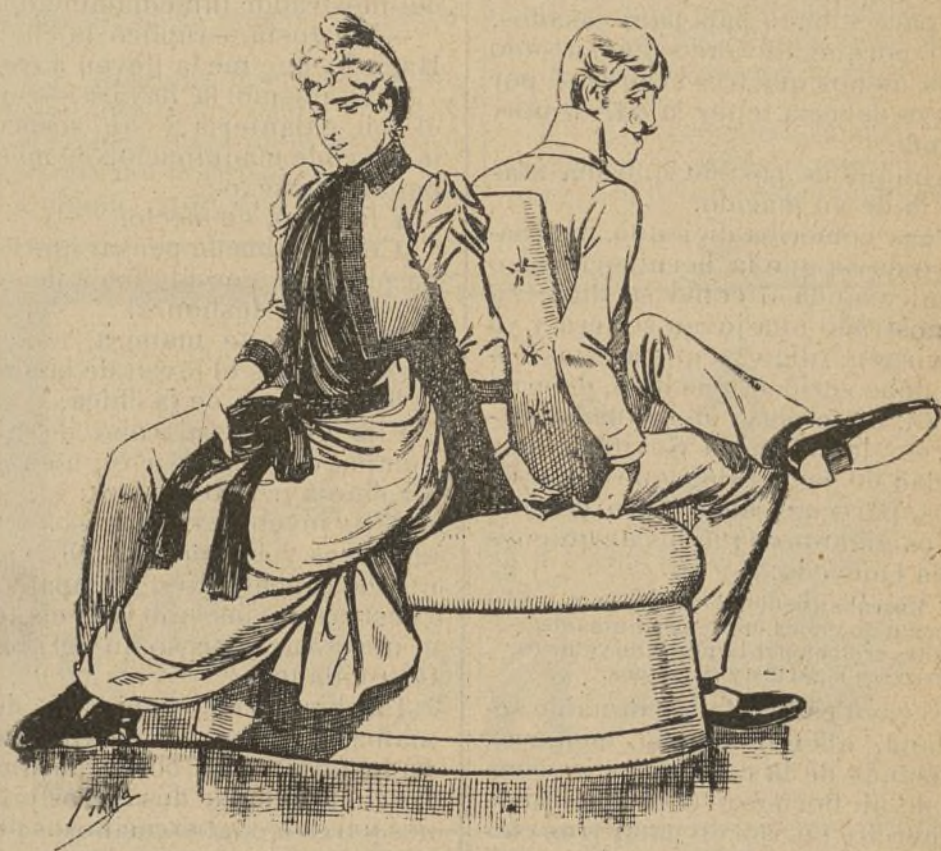
Las guías del bigote de
un hombre marcan el
camino de la felicidad.

PROSERPINA

Año I

Barcelona 5 Junio de 1891

Núm 18



Juan é Inés, primos hermanos
que mucho gusto se dieron,
al poco rato riñeron
y ahora se buscan las manos.

Ayuntamiento de Madrid

Crónica

ESTOY escandalizada.

Hay mujeres que tienen más *barra* que la apreciable vecina de Bernicornia que recientemente ha dado á luz dos niñas y un niño, poniendo á parir á su esposo con semejante parto.

Y cito como punto de comparación á la expresada ciudadana ó lugareña, no solo por ser de Bernicornia, que por lo de cornia no me parece buen país para casados, sino porque llevando en su seno nada menos que tres criaturas, por fuerza debería tener la *barra* muy grande.

Aunque es posible que sea mayor la de su marido.

Pues como iba diciendo, más *barra* todavía que la bernicorniosa ó bernicornuda ó como se diga, ha demostrado una joven soltera y ya ex-*virgen*, (digo yo que á estas horas debe serlo, ó más bien, debe no serlo), en la perla del Guadalquivir, en la hermosa Sevilla, en la ciudad de la Giralda que vista de lejos, parece el dedo tieso de uno de los gigantes aquellos de quienes decía Quevedo:

Rascábanse de lobos y de osos
como de piojos los demás humanos
pues criaban por liendres de vellosos
erizos y lagartos y marranos.

El caso es que la abominable sevillana, abominable, sí, señores, abusando de la candidez é inocencia de un hermoso dependiente de comercio, en vez de parir tres chicos como la de Bernicornia *raptó* al grande y huyó con él en un coche simón, que supongo estaría bien de cortinillas.

El nefando crimen se cometió, poco más ó menos, de la manera siguiente:

La joven indígena del país de las aceitunas había trabado conocimiento con el seducido doncel entrando en la tienda donde éste se hallaba colocado, y preguntándole:

—¿Tiene V. percal de color de nabo mústio?

—Sí, hija mía.

—Bueno, padre; pues enseñeme V. la pieza.

El tímido galán la colocó encima del mostrador inmediatamente.

—Me gusta,—replicó la chica.—Haga V. que me la lleven á casa.

—Yo mismo la llevaré,—repuso él con galantería y sin sospechar la horrible maquinación de su compañera de sexo.

Y la llevó, en efecto.

¿Cómo había de pensar que aquella pieza de percal había de ser la causa de su deshonor!

No se de qué manera, entraron en relaciones el joven de la pieza y la buena pieza de la chica.

Ello es que, al cabo de algún tiempo, ella le citó á él, no á recibir sino á ir al teatro.

¡Oh, jóvenes candorosos y vergonzosos y hermosos! ¡No vayais nunca al teatro en compañía de vuestras novias sino quereis tener el mismo desastroso fin del inocente sevillano!

La chica iba acompañada de su mamá, por cuyo motivo apenas pudo hacer otra cosa, durante la función, que dar dos ó tres pisotones y tres ó cuatro cariñosos pellizcos á su tierno acompañante.

Pero en aquel incandescente cerebro había germinado ya una idea criminal.

... cuando el marido de Bernia...

Se acabó la función, ambos á tres salieron del teatro y el doncel, con esa finura que tan bien sienta en el bello sexo masculino, acompañó á su casa á la joven y á la vieja.

Como conozco la habitual modestia de los hombres, no vacilo en asegurar que el novio se hubiera contentado con acompañar á la joven; pero no hubo remedio, las dos iban juntas y tuvo que conformarse.

Al llegar á la puerta, la chica dijo:

—Ves andando, mamaita; se me ha caído una liga y como el corsé me incomoda para bajarme, voy á hacer que me la ponga éste.

La mamá, ante una explicación

tan natural de la detención de su hija, penetró en la casa sin concebir ni parir la menor sospecha.

Una infernal sonrisa de triunfo brilló en los labios de la chica.

Volvióse con rapidez, cojió en brazos á su novio como si fuese un saco de patatas y echó á correr.

A pocos pasos esperaba un carruaje que aquella vibora con faldas había alquilado de antemano, y en él se metió ella con su preciosa carga.

El cochero se encasquetó el sombrero hasta las orejas, arreó al caballo y todos desaparecieron en la oscuridad.

En vano fué que la madre, alarmada por la tardanza de su hija y temerosa de que esta cometiese al-



En todas las procesiones
Este cuarteto revela
su afán de tener la vela...
¡Serán los cuatro melones!

gun desaguizado con el tímido galán, saliese á escape en persecución de ambos.

¡Cualquiera es capaz de dar con unos amantes que huyen en coche de alquiler!

Esta es la fecha en que no han parecido.

Y estoy temiendo que cualquier día nos sorprendan los periódicos con la noticia de que el desventurado jóven, arrebatado al cariño de su familia, ha emulado las glorias de la mujer de Bernicornia.

Porque se dan casos.

PEPITA SENSIBLE.

QUISICOSAS

Le penetró una pajita
en un ojo á Paca Aznar
y preguntó á Blas Anguita:
—¿Me la quiere V. soplar?
Blas Anguita los dos ojos
un rato la contempló,
acercó sus labios rojos...
y al cabo, se la sopló.

—Arturo, ¿qué haceis en casa desde que no vá Pilar?

—Lo mismo que cuando iba.

—¿A qué viene el preguntar?...

—Cómo no teneis quien toque

— Si que tenemos—¡Me choca!

Desde que no vá Pilar

Elvirita Mela, toca.

—Nadie me mete una trampa en el juego de la Brisca, que me fijo mucho siempre — me decía ayer Francisca.

—¿Nadie, nadie?—dije yo.

—Solamente mi marido ha conseguido engañarme; ese si me la ha metido.

EVA CASO.

LOS DOS CORNUDOS

Hubo en otro tiempo en Siena, según he oido contar, dos buenos individuos de la clase media, bastante acomodados, llamados Spinellocchio Tanena y Zeppa di Mino, ambos en la flor de su edad, los cuales vivían en una misma calle y se profesaban gran cariño: Los dos estaban casados con bonita mujer Spinellocchio solía frecuentar la casa de Zeppa, y enamoróse de su mujer, dándose tan buena maña que no tardó en obtener sus favores. Semejante comercio duró largo tiempo sin que nada sospechara el marido engañado; no obstante, la familiaridad que reinaba entre su mujer y su amigo acabó por inquietarle un tanto, y para saber si sus dudas eran bien fundadas, cierto día tomó el partido de ocultarse, hacia la hora en que Spinellocchio acostumbra visitarlo. Este no tarda en llegar, y la mujer, creyendo que su marido había salido, dice al amigo que no está en casa, oído lo cual Spinellocchio empieza á abrazarla y ella le devuelve caricia por caricia. Zeppa, que todo lo estaba viendo desde su escondite, no despegó los labios, para saber en qué pararía aquello. En una palabra, vió como su mujer y Spinellocchio entraban en el dormitorio y cerraban la puerta tras ellos. Fácil es comprender el gusto que le daría esa doble traición, pero considerando que si armaba escándalo sólo serviría para aumentar su vergüenza, reportóse por el momento, contentándose con pensar en el modo de vengarse sin ruido. No tardó su imaginación en sugerirle un medio excelente, que acarició enseguida.

Apenas hubo abandonado su casa Spinelloccio, cuando Zeppa penetra en el dormitorio, encontrando á su mujer que se estaba componiendo su enmarañado peinado.

—¿Qué estás haciendo, mujercita mía? la pregunta.

—¿Acaso no lo veis?

—Sí por cierto; y también he visto otra cosa que más me valiera ignorar.

Entonces la relata la escena de que acaba de ser testigo, y la mujer temblando de miedo, al ver que no había modo de negar, se lo confiesa todo y le pide perdón bañada en llanto.



En cuanto venga la Blasa, toco al punto botasillas, me monto en un dos por tres y... ¡corriendo á Felipinas!

—Es la mayor injuria que podías hacerme, la dice el marido; sin embargo, estoy dispuesto á perdonarte si sigues mis consejos.

—Seréis obedecido.

—Enhorabuena: quiero que cites á Spinelloccio para mañana á las nueve; yo me presentaré al poco rato, y al momento que me oyes le haces esconder en este cofre grande, cerrándolo con llave. Luego te diré lo demás que debes hacer. Cumple con lo que te ordeno y juro perdonarte, y aún olvidar tu falta.

La mujer prometió cuanto quiso su marido para reconciliarse con él, cumpliendo fielmente lo convenido.

El día siguiente Spinelloccio y Zeppa encontrábanse juntos á eso de las nueve, cuando el primero, que había prometido á la mujer de su amigo acudir á la cita que ella le diera, pretextó, para dejar á Zeppa, estar convidado á comer y que no quería faltar.

—Todavía no es hora; no te vayas.

—No me desagradaría llegar temprano, pues tengo que hablar de cierto negocio con la persona que me ha invitado.

Parte pues, y se encamina á casa de su querida. Apenas habían penetrado en el dormitorio los dos amantes, cuando se oyen los pasos de Zeppa que sube la escalera. Su mujer finge tener miedo, é invita al galán á que se oculte en el cofre, lo cierra y abandona la habitación. Se presenta Zeppa y pregunta á su mujer si está lista la comida.

—Lo estará en un instante.

—Acabo de dejar á Spinelloccio, prosiguió el marido, el cual está invitado á comer en casa de un amigo, y como su mujer se encuentra sola, te suplico, pases á invitarla para que venga á tomar un bocado con nosotros.

La casadita, obediente en exceso por el recuerdo de su falta y el temor de ser castigada, cumplió en el acto la orden de su marido, y tanto rogó á

MESA VUELTA



—¿Le gusta á V. la «Revista de ambos mundos», señor Blas?
—Sí... Y hay mundos á la vista que me gustan mucho más.



En las velas se conoce la edad, sin mucho traba-
jo: la del joven mira arriba,
la del viejo mira abajo.



—Qué te ha dicho el profesor?
Dijo á Pepito Beatriz.
Y él le respondió con candor:
—Que en mí todo es su perior...
lo mismo que la nariz.



La modista se dió traza
para hacer este dislate:
traje color de tomate
y el centro una calabaza.



Dos cosas en perspectiva:
fuego al firmamento
y matutina rosiva
el de la mañana más de viento.



He llegado á sospechar
que este osado caracol,
empinándose hácia el sol,
sin cuernas se vá á quedar.

su vecina, á la que notició que Spinelloccio no iría á comer con ella, que se la llevó. Zeppa la recibe con grandes demostraciones de amistad; luego indica á su mujer que se vaya á la cocina, y tomando á la vecina de la mano la lleva al dormitorio, cerrando la puerta.

—¿Qué significa esto? pregunta la mujer de Spinelloccio; ¿con tales intenciones me habéis invitado á comer? ¿así pagáis la amistad que os profesa mi marido?

—Antes de incomodaros, señora, la contesta Zeppa acercándose al cofre y sin soltarla la mano, dignaos escuchar lo que tengo que deciros. He estimado y todavía estimo a vuestro marido como un hermano; tocante á la amistad que él me profesa, ignoro si es bien tierna, mas lo que sé es que no le impide acostarse con mi mujer lo mismo que con vos. Sin ir más lejos, ayer lo hizo, y casi á mi vista. Y porque le aprecio pretendo usar de represalias, limitando á esto mi venganza. Así como él ha disfrutado mi mujer, justo es que yo disfrute de vuestros encantos: es lo menos que puedo exigir. Si me negáis esa satisfacción, os declaro que no me será difícil sorprenderle infraganti y tratarlo de suerte que ni él ni vos quedéis contentos.

La señora no acababa de creer que su marido la fuese infiel. Zeppa contóla cómo había llegado á descubrirlo todo, con detalles que contribuyeron á persuadirla.

—Supuesto que habéis resuelto, dice á Zeppa, vengaros en mi persona del ultraje que os hizo mi marido, consiento en ello, pero con una condición: que me reconciliéis con vuestra mujer. Por mi parte la perdonaré de buena gana el daño que me ha hecho.

—Vivid tranquila, repuso Zeppa, yo me encargo de todo, y asimismo prometo regalaros una alhaja lindísima.

En seguida empieza á abrazarla, la

empuja suavemente sobre el cofre y ambos se refocilan hasta la saciedad.

Spinelloccio, que todo lo oyera, se enfureció de tal suerte, que pensó que la rabia le mataba, y á no haberle detenido el temor del resentimiento de Zeppa, hubiera llenado de insultos á su mujer desde el sitio donde se hallaba aprisionado. Mas, considerando que había sido el agresor y que Zeppa sólo le pagaba con la misma moneda, consolóse, resolviendo afirmar su amistad en vez de romperla.

Acabada la faena la vecina, pide la alhaja prometida. Entonces Zeppa abre la puerta de la habitación, y llama á su mujer, que dice al entrar á la esposa de Spinelloccio:

—Me habéis devuelto un pan por una torta.

—Mujer, dice el marido, abre el cofre.

Luego, mirando á la vecina que había quedado toda sorprendida de ver á su marido en aquel sitio:

—Hé aquí, querida mía, la alhaja que os prometí.

Difícil sería decir quién de los dos quedó más corrido, si Spinelloccio, que sabía de qué modo se le habían puesto los cuernos, ó su mujer, al ver que el marido había oído cuanto dijo é hizo con Zeppa. Spinelloccio sale del cofre y dice á Zeppa sin más explicación:

—Estamos en paz, vecino, y si quieres seguir mi consejo, por eso tan amigos como antes. Supuesto que no tenemos otra cosa para repartirnos sinó nuestras mujeres, opino que las poseamos en común.

Zeppa aceptó la propuesta, comenzando los cuatro con la mayor armonía. Desde aquel día cada mujer tuvo dos maridos y cada uno de éstos, dos mujeres, sin que jamás hubiese divergencias entre ellos respecto de quién había de gozar la del uno ó la del otro.

C. OCHINADA.

¿Qué harían?

Mas de dos años, sostuvo relaciones Juan con Clara.
El era grueso, y buen mozo.
Ella muy linda, y delgada.
Se querían tanto, tanto,
ella á él, y el á su amada,
que solo en el matrimonio
los dos amantes pensaban.
—¿Más como casarme? Juan
á sí mismo preguntaba
—yo no tengo ni carrera,
ni empleo, ni oficio, ¡nada!
Y esta idea me domina,
me aterra; consume y mata.

Si llegara á concebir.....
¡Oh que idea, Virgen santa!

Yo no sé lo que él haría;
pero es el caso que Clara,
llegó á casarse con Juan
por la noche, y en su casa,
y que al cabo de tres meses
marido y mujer estaban
ella muy gorda, muy gorda,
y él lo mismo que una espátula.

CANDIDITA.

ADULTERIO Y SACRILEGIO

ó

El crimen en comandita

NOVELA DE MALAS COSTUMBRES

escrita en francés por

MADAME REINA

Versión española de

LEONA VALIENTE

PRÓLOGO

Corrían los meses de estío con
ese aplatanamiento propio de la

estación y con una frescura tropi-
cal propia de la tórrida Africa.

Juanito Pinchahigos habíase ca-
sado hacía pocos días con Juanita
Higoseco la más graciosa mucha-
cha de la creación y la más caní-
cular que novio alguno pudo co-
nocer.

Verdad era que se había casado
á la entrada de la canícula lo cual,
que dicho sea de paso, es el periodo
más caliente del año y de sus ha-
bitantes.

La muchacha que estaba muy
desahogada y que por otra parte lo
era más, se vino con su marido á
las costas andaluzas en busca de
frescura y á disfrutar de esa gra-
cia peculiar de la tierra de la seño-
ra doña María Santísima.

Juanito, que desde el punto y ho-
ra en que se casó no hizo más que
darle gusto á su mujer, según grá-
fica expresión de ésta, se vino
también á Andalucía lleno de con-
sejos y de pesetas, de las que le lle-
nó los bolsillos su padre político.

Este señor, modelo de papás
suegros, viendo que su yerno esta-
ba dotado de una gran capacidad
le recomendó que estuviese siem-
pre encima de su hija pues era
muy niña y podía tener algún tro-
piezo.

Juanito, enamorado de Juanita
estuvo encima de ella en términos
tales que la muchacha no podía
respirar con el peso de la vigilan-
cia de su esposo al paso que este
adelgazaba que era un portento
por estar con la espada desenvai-
nada, es un decir, en continua vi-
gilancia sobre su esposa.

Como todo lo que es abusivo lle-
ga á hastiar así ocurrió que Juanita
se cansó de tanto abuso y Juanito

no tenía cuerpo para vigilar con tanto ahinco como lo había hecho hasta entonces.

Llegados que hubieron á Cadiz se instalaron en la fonda de París donde á la sazón se hospedaba un príncipe musulmán que según el decir de algunas de las que después fueron amigas de Juanita, tenía un genio muy agradable para las muchachas.

Ali-Papo-Hasan era un morazo con más barbas que San Cristobal, y como él de una figura gigantesca. Vestía á la morisca usanza, y por cierto que su figura simpática le hacia agradable á la vista y al paladar.

Todo en él era proporcionado.

Juanita que en su pueblo no había visto más que esos mozos desarrapados que de año en año recorren nuestras comarcas vendiendo dátiles y babuchas morunas, creyó, al verlo lujosamente vestido, que este debía ser rico y que por lo menos debía tener una zapatería.

La casualidad, que en todo interviene, hizo que en la mesa redonda del Hotel estuvieran juntos los puestos de Juanita y Ali-Papo-Hasan.

Sonaron las tres campanadas, última señal para asistir á la mesa redonda, y los esposos recién llegados fueron al comedor, donde empezaron á llegar los huéspedes y ocupar sus respectivos asientos.

Aun no se habían sentado nuestros mozos cuando apareció la gigantesca figura de Ali-Papo-Hasan.

Al verle Juanita se derramó encima el vaso de agua que en aquel

momento tenía en la mano, del miedo que el morazo la causó

El moro al ver que la colocaban á su lado, con la galanteria de un *gentleman* la ofreció su asiento, que Juanita aceptó ruborizada y gozosa; el moro colocóse á su derecha y á la de éste y en el único sitio que quedaba vacío, Juanito al lado de una vieja inglesa, aya de unas niñas que comían en su habitación.

(Se continuará)

PELITOS DE CALVO

I

—¿No te viene? le decía á Irene, Antón con recato, y ella triste respondía:

—¿Si no me entró todavía! ¡es tan corto este zapato!

II

Clara profesora es de alemán y de francés, de turco, latín y godo... Dicen que lo enseña todo por cinco duros al mes.

III

Al banderillero «Peces» me han asegurado á mí que le han cogido tres veces

PAQUITA COLMENARES.

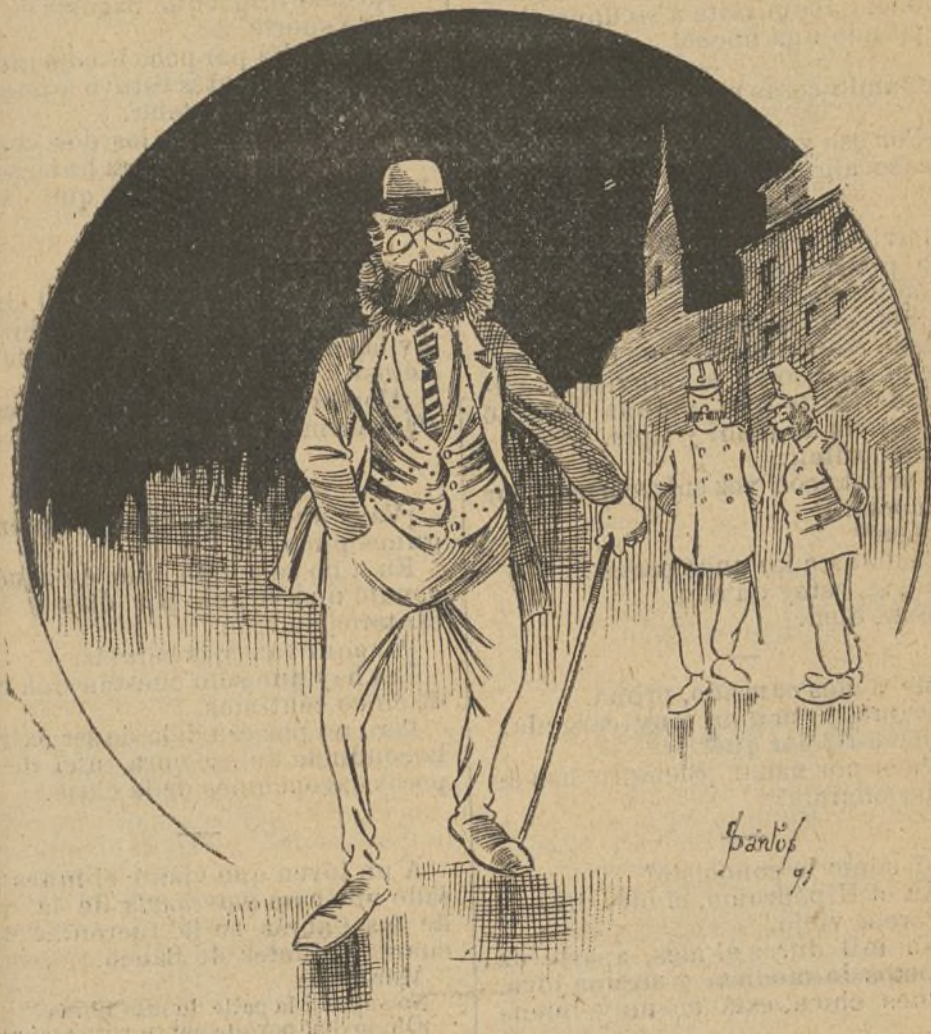
Epígrama

Ramencito y Asunción, tiraban de un carretón cuando llegó don Conrado y al ver al chico cansado dijo:—Descansa Ramón. El chico pronto cedió con la mayor buena fé y Conrado replicó:

—Puedes descansar, porque ya lo haremos ella y yó.

GLORIA DE MADRID.

MEDITACIÓN



Panlof
91

—No deja que la abrace
Pilar Bañuelos
pues dice que la pincho
con estos pelos.
Caso espantoso!
¿Qué culpa tiene un hombre
de ser veloso!

CHISMOGRAFIA

— Anoche me sentó mal la manzana, decía Joaquinita á su doncella: ¡he pasado una noche!...

— ¡Sí lo creo.

— Soñando cosas malas... ¡Ay, que pe-

(na!

— Por eso yo jamás pruebo la fruta; si acaso alguna pera.

El avisador golpeando suavemente en la puerta, cerrada, del cuarto de una subtile:

— ¡Señorita fulana!

Nadie responde, aunque desde fuera se oye así como si estuvieran ensayando, *sotto voce*, alguna pieza, ó un recitado de tenor y tiple.

— ¡Señorita!...

La artista con voz entrecortada por la emoción:

— ¿Qué?

— Mañana á las once partes...

— Sí, sí, estoy en ello.

— Está bien.

— Me tienes cansado, prima.

— Primo, y tú á mí muy cargada.

— ¿Yo á ti? por qué?

— Pues por nada. ¡Siempre has de quedar encima!

— ¿Y cómo le conociste?

— En el Hipódromo, el otro día.

— Parece viejo.

— No: mil duros al mes, aparte de los gastos de modista y alguna joya.

— Pues, chica, está en muy buena edad.

— Te digo que es descosido.

— No, hombre, es roto.

— ¿Sí no distinguiré yo lo que está roto y lo que no?

— ¿Tú? No lo has distinguido jamás.

— ¡Esposa!

FANDANGUERIAS

No cabe dudar que Sagasta es hombre de suerte.

El otro día por poco le coje un toro.

No mucho antes estuvo á punto de que le cojera Castelar.

Y se ha librado de las dos cojidas.

Lo cual que la primera hubiese sido mucho más peligrosa que la segunda.

Leo en un periódico que el día 30 de Abril ha comenzado á verse en Avila «el crimen de la Dehesa de Torneros».

¡Hombre, hombre! ¡Buena es esa! ¿Qué crimen cometió la tal dehesa?

¡Vaya unos curas que gastan en algunos pueblos!

En .. no sé dónde, uno de aquéllos vendió una vírgen por diez y ocho cántaros de vino.

Por aquí van más baratas.

Las hay que sólo cuestan una copa de cinco céntimos.

Pero no por eso deja de ser extraña la conducta de ese cura, una de las pocas excepciones de la clase.

A un jóven que visitó el lunes pasado una casa *non sancta* de la calle de las Cabras se le fueron... unos cuantos billetes de Banco.

Moraleja:

No vayas á la calle de las Cabras

¡Oh, jóven! porque así tu ruina labrasi

El mal ejemplo cunde.

Al caso que cita Pepita Sensible en su *Crónica* de hoy, hay (¡ay!) que añadir otro perpetrado el martes á la mañana hora de la madrugada ó sea á las doce y media de la noche del lunes como dicen torpemente los diarios posibilibiosos y sus allegados.

FANDANGUERÍA



Como *crides*, canalla,
de esa manera
hago la recogida
aunque *nu* quiera

ya *sus* he dicho
que *crideis* EL FANDANGO
más *daqueditu*.

Una jóven de 18 primaveras sedujo á un cándido mancebo de 27 años y le obligó á fugarse con ella, llevándole ¡oh, abominación! á una casa de la calle de Robador, donde fué hallada la feliz pareja.

Se dice que, con tal motivo, uno de nuestros primeros concejales, posiblista disidente, pedirá en la primera sesión que celebre el *municipio*, que la susodicha calle se llame en adelante calle de la Robadora.

La proposición es digna de un castelarista.

¡Cómo que tiende á fomentar las malas costumbres perpetuando la memoria de hechos que indignan á mujeres tan decentes, consecuentes é inocentes como nosotras.

CORRESPONDENCIA

E.V.—*Madrid*.—Los dibujos son malitos; en cambio los epigrafs son tan buenos como el siguiente:

«Anda ves y dile al Fiscal que tienes un dormir muy lastimado, con las piernas encogidas y lo demás es-ti-ra-do».

Una que mama... todavía.—*Valencia*.—Ya se conoce que se dedica Vd. al dulce placer de la laciencia:

¡Cochina!

Fe, Esperanza y Pudor.—*Segovia*.—Es Vd. muy guasona y muy puerca.

Rajeta Silvestre.—*Santander*.—No podemos insertar eso. Aquí no publicamos nada que ofenda á la moral. Eso mándelo á *La rubicundia*.

Quedan cartas para contestar, la mar.

Pujol y Solé, impresores, Tallers, 45

SEÑAS MORTALES



—Voy á la calle del Alba
 ¿Por dónde debo tomar?
 —Pues tome V. por ahí?
 —¿Por dónde? —Pues por detrás...

 A N U N C I O S

Ya se ha puesto á la venta el primer tomo de la
 Biblioteca de "El Fandango"
UNA CITA Á OSCURAS
 10 céntimos

El sábado próximo el segundo tomo de la
 Biblioteca de "El Fandango"
MARIQUITA SIN GUSTO
 por
E. Pardo Bacin
 10 céntimos